

Fowler-Salamini, Heather (2013). *Working Women, Entrepreneurs, and the Mexican Revolution: The Coffee Culture of Córdoba, Veracruz*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press. The Mexican Experience Series.

Rosío Córdova Plaza  
Universidad Veracruzana

El libro de Heather Fowler-Salamini auspicia múltiples lecturas y la que aquí ofreceré es sólo una de ellas. El texto resulta de gran interés para especialistas de muchas temáticas, pero lo que me interesa resaltar es la dimensión de género. Es indiscutible que estamos ante un libro que muestra la madurez de las reflexiones de su autora y culmina con una clara comprensión del periodo al que alude y de los actores involucrados en la cafecultura (productores, comerciantes, *brokers* y el mercado mundial).

La obra consta de seis capítulos; el primero de los cuales, “Emergence of a coffee commercial elite in Córdoba”, examina las características que hacen de esta ciudad el emporio cafecultor empresarial más importante del país. A finales del siglo XIX, Córdoba dejó de ser un mercado aislado para integrarse a la economía mundial como centro del café en México, y Veracruz dominó esta agroindustria hasta 1940. En este capítulo, la autora analiza tipos de empresarios, ventajas comparativas y acceso al producto, además de la cercanía de México con Estados Unidos. Un aspecto fundamental es que Córdoba se encuentra en un punto geoestratégico

de confluencia entre Chiapas y Oaxaca, en tanto productores, por ser encrucijada de vías férreas, y del Distrito Federal y el puerto de Veracruz, lugares de destino para el consumo y la exportación.

El segundo capítulo, “Work, gender and workshop culture”, Heather aborda propiamente la cuestión de género. Cabe destacar que existen muy pocos trabajos al respecto en la literatura sobre la agroindustria cafetalera. En su análisis, la autora afirma que en ese campo predomina la mano de obra femenina – las mujeres trabajan como escogedoras o desmanchadoras–, en el entendido de que es un trabajo manual, laborioso, de bajos salarios y poco prestigio. Señala que, debido a su gran número y alta capacidad de movilización, las mujeres pudieron forzar la intervención del Estado, de 1915 a 1930, para demandar sus derechos laborales. Sin embargo, la actitud positiva del Estado se esfumó a finales de la década de 1920, como resultado de la depresión en Estados Unidos, el principal mercado del aromático. Esto también se sostuvo en el proyecto neopatriarcal del Partido Nacional Revolucionario (PNR), que culminó con “el milagro económico” de

los años de 1940 y 1950, cuando los productores mecanizaron el proceso y no tuvieron necesidad de contratar a las escogedoras. Tiempo atrás, entre 1880 y 1910, la semimecanización del beneficiado había exigido la contratación de mano de obra: mujeres y niños fueron incorporados entonces a las labores manuales en calidad de escogedores y limpiadores.

Mediante el uso de la Historia Oral, Heather logra reconstruir la historia colectiva de las trabajadoras y se percata de que las mujeres se pensaban como obreras, pero también como madre-esposas. En 1910, los cuatro beneficios de Córdoba empleaban a 420 mujeres y 123 hombres, cifra que se incrementó entre los años 1920 y 1930, cuando llegaron a tener 2 942 escogedoras sindicalizadas, cifra que se eleva considerablemente si tomamos en cuenta que por cada una de ellas habría dos o tres de las denominadas “libres”, que sumaban en los beneficios más obreras que las textileras y costureras en todo el Estado, porque era más barato contratar mujeres que comprar maquinaria. Heather calcula que habría de 7 a 10 mujeres por cada hombre. Imaginemos la fuerza que tendrían como colectivo.

Pero la experiencia de estas trabajadoras pudo ser diferente a la que vivieron los hombres. Se suele pensar que las normas de la moral burguesa fueron impuestas a las clases populares: el culto a la domesticidad, la moralidad y la dicotomía entre “ángel del hogar” y “ángel caído”, tan propia de la vuelta de

siglo, sobre todo porque a las obreras se les igualaba con mujeres “de la calle”, pero éstas tuvieron considerable agencia. Las cigarreras, textileras o escogedoras formaron sindicatos femeninos, se empoderaron y crearon formas de asociación relativamente al margen de la intervención de los hombres, además de que tuvieron la posibilidad de organizarse y protegerse para resistir a las condiciones adversas. En un principio, esta actividad tenía un salario más alto que el de los jornales, aunque hacia 1930 esta brecha ya no era importante.

Podemos imaginar la existencia de diferentes significados del trabajo para hombres y mujeres. Ellas debían resolver contradicciones básicas de género y clase (presentes en las sentencias de la moral burguesa): el honor relacionado con la respetabilidad y la domesticidad. La separación de esferas entre casa y trabajo también etiquetaba a las mujeres como “honorables” o bien “de la calle”. Sin embargo, las trabajadoras mantenían a sus familias y daban sentido a su trabajo como espacio de socialización y de huida de un patriarcado que se exacerbaba en el hogar. Ellas entraban al empleo por necesidad, pero éste se convertía en un oficio en el que se reclutaba a otras, y se transformaba en proceso de aprendizaje. Para estas mujeres, era mucho mejor trabajar en los beneficios que en el campo o como empleadas domésticas.

Las escogedoras estaban orgullosas de su trabajo y algunas reconocían su condición: eran explotadas y desempeñaban triple jornada porque la

familia era lo primero, pero construían lazos fuera de su ámbito. Es interesante observar que uno de los mecanismos que permitía la explotación era el vínculo entre los patrones y las trabajadoras, como si fueran parte de una familia, pues se ejercía un control paternalista para desalentar el sindicalismo.

En el tercer capítulo, *¿Sorters' negotiations with exporters and the state?*, se muestra cómo, hacia 1930, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) ya había organizado a las escogedoras en sindicatos fuertes bajo un esquema de contrato colectivo. Las mujeres tenían poca interacción con los hombres porque los dueños ponían distancia entre los géneros: el objetivo era cuidar la respetabilidad; no obstante, lograban construir lazos de amistad y había mucha camaradería entre ellas. Aprovechaban, asimismo, la noción de ocio y realizaban actividades conjuntas. En este contexto, las mujeres trabajadoras retaban al patriarcado y se les acusaba de “desriendadas”, “sueltas”, lo cual se reforzaba porque algunas aumentaban sus ingresos trabajando en bares o dedicándose a la prostitución. Los bailes del sindicato, los viernes y sábados, contribuían a propalar esta idea. La sociedad las desdeñaba y los sacerdotes arremetían contra ellas.

A mediados de la década de 1920 corrían vientos comunistas y anarcosindicalistas. Este momento estuvo marcado por luchas entre cromistas y agraristas por cooptar al sindicato de desmanchadoras. Ellas pudieron aprovechar la coyuntura para

negociar su contrato colectivo. Ningún otro sindicato, masculino o femenino, hizo esto antes en América Latina: ellas elegían a sus líderes, enviaban cartas al gobernador y se apropiaron del discurso anticlerical que las desdeñaba, para mostrar su adhesión al Estado. De los seis nombres en las placas de la CROM que señalan a los líderes destacados, dos son de mujeres escogedoras: Inés Reyes y Sofía Castro. Posteriormente, la CROM amplió su discurso, basado en la masculinidad, para proteger el rol de proveedoras y desarrollar políticas que limitaran la autonomía de los sindicatos revolucionarios. Ello derivó en un deterioro de los derechos de las mujeres y de su autonomía política.

En el cuarto capítulo, “Caciquismo, organized labor, and gender”, se aborda el caso de las líderes como poderosas intermediarias. Las mujeres lograron establecer un cacicazgo más flexible. Aunque empleaban las mismas tácticas que los hombres, como el clientelismo, tenían una estrategia diversificada: utilizaban igualmente amenazas económicas y manipulación, intimidación y exclusión, pero fueron más eficientes que los hombres no solo porque su número de agremiadas era mayor, sino por sus habilidades de liderazgo y valentía. Gracias a este fuerte sentimiento sobre su valor como trabajadoras, las mujeres líderes desarrollaron una solidaridad más fuerte que el autoritarismo y asimilaron el carisma de los varones. Tuvieron una presencia como actrices constantes en el espacio social, sobre todo como músicas.

En el quinto capítulo, “Everyday experiences and Obrera culture”, Heather menciona la forma en que Julio de la Fuente las distinguió, por su importancia, como parte de la clase obrera emergente. Ahí, con base en quince entrevistas, se revisa el devenir de las escogedoras que llevaban en la actividad entre 10 y 30 años; su vida cotidiana, su vida sexual y familiar, su percepción sobre dobles y triples jornadas. Ahí también se examinan las actividades de ocio y recreativas, los bailes financiados por los patrones – donde se vigilaba la moral– o los de la CROM, donde se cobraba una cuota que servía al gremio para comprar cosas.

Los espacios de ocio, como los bailes, eran considerados por ellas como una parte fundamental de su identidad como mujeres, trabajadoras y sindicalistas. Ocupar espacios públicos tenía un significado libertario, aunque se observara bajo la lente de la moral burguesa. En 1946, la banda de guerra, que fue su *esprit de corps* por casi 30 años, continuaba siendo invitada a participar en los eventos cívicos y gracias a ello hubo un ingreso al discurso de la ciudadanía. También representaban

obras de teatro, incluso escritas por ellas mismas, sobre historia, moral, y a veces como una forma de resistencia popular.

Por último, en el sexto capítulo, “Coffee entrepreneurs, workers, and the state confront the challenges of modernization” la autora aborda los avatares de la industria durante y después de la Segunda Guerra Mundial, mostrando la forma diferenciada en que se repartieron costos y beneficios, según los actores sociales participantes.

En suma, la lectura de este texto nos lleva a reflexionar sobre varias cuestiones; entre ellas: ¿Por qué no cristalizan los logros de las mujeres? ¿Puede la historia contributiva revertir la tendencia a invisibilizar la participación de las mujeres en la vida social? Finalmente, no basta escribir una historia de las mujeres, es preciso forjar una historia CON las mujeres.